

En buena tierra

Un paso a la vez - 1ª parte

Por Pablo Millanao

Uno de los obstáculos que frecuentemente encuentra quien busca interpretar la Biblia es el método de “texto prueba”. Podemos recordar con facilidad que la mayoría de los estudios bíblicos ofrecen un versículo como respuesta a cierta interrogante. Queda la impresión de que un versículo basta para afirmar un argumento en el desarrollo de una creencia o doctrina.

Quienes desarrollan estos cursos han hecho un estudio previo, de tal manera que esos pasajes reflejen una síntesis armoniosa y consistente de las doctrinas fundamentales. Sin embargo, quien busca alimento sólido para su fe, debe aprender a realizar esta tarea por sí mismo y, por supuesto, con la ayuda del Espíritu Santo; descubrirá nuevos tesoros y enfoques en pasajes que creía que solo podían ser comprendidos de una manera.

Interpretar la Biblia no tiene que ver con “lo que significa para mí”, sino, con el significado que le dio el autor original; luego debemos analizar como ese mensaje se aplica a nuestra experiencia personal. Debemos ser honestos con la aplicación de la Palabra de Dios.

Hay ciertas recomendaciones que podemos seguir para entender la Biblia y rescatar su significado original. Revisaremos siete pasos, los que no necesariamente deben ser consecutivos. En este artículo abordaremos tres.

1. Busque a Dios en oración
Independiente del orden que le queramos dar a los demás pasos, este siempre debe ser el primero. Las Escrituras contienen un mensaje de carácter espiritual (no se amolda a los criterios impuestos por nuestra sociedad mancillada por el pecado), por lo tanto, debe ser discernido con un mentalidad guiada por las prioridades del Espíritu Santo (1 Cor. 2:14). Fundamentalmente, debemos pedir sabiduría (Sant. 1:5). Este es un requisito esencial, ya que al hacerlo, reconocemos nuestra dependencia plena de Dios, y no de nuestras ideas preestablecidas.

La oración es una forma de abrir el diálogo con Dios, al presentarle mis problemas y desafíos, y sobre todo, mi necesidad de comprender su buena voluntad. Habilito a Dios para que abra mi mente y me responda, para que visión de Dios se imponga soberanamente.

2. Lea el texto
Tal como está enunciado, este paso puede resultar obvio. Tristemente, no lo es. Muchas veces comprendemos ciertos pasajes por cómo creemos que están registrados en la Biblia. Juan 3:16 es un caso emblemático; en diversas ocasiones, al repetirlo en voz alta, se oye: “para que todo aquel que en él crea, no se pierda”, cuando, en realidad dice “cree”. El verbo en tiempo presente imprime un significado más rico al texto; nos

invita a creer constantemente en el Hijo de Dios.

Antes de llegar a cualquier conclusión, debemos responder la siguiente pregunta: ¿La Biblia dice eso?

Es recomendable leer el pasaje más de una vez, haciendo pausas entre cada lectura permitiendo que el Espíritu de Dios nos impresione. También puede ser útil leer varias versiones de la Biblia. La Reina-Valera de 1960 es la más común, pero también está la edición de 1995 y la del 2000; otra muy recomendable es la Nueva Versión Internacional. Incluso, biblias como la Biblia de Jerusalén o la Nacar-Colunga son muy valiosas.¹

Lo fundamental en este paso es familiarizarnos con el texto, saber que dice, y –tan importante como lo anterior– lo que no dice. Jesús mismo siguió este paso, al leer primero, y luego interpretar la Escritura (Luc. 4:21-27).

3. Investigar el contexto
No hay nada que dañe más la comprensión de un pasajes, que ignorar su contexto. Existen al menos dos contextos; el histórico-social y el literario.

a. Contexto histórico-social: ¿Cuándo fue escrito el libro? ¿Quién lo escribió? ¿Quiénes eran los destinatarios? ¿En qué lugar geográfico se desarrollan los hechos o la situación descrita en el libro? ¿Cuál era la situación política, económica y social? ¿Qué costumbres prevalecían?

¿En qué trabajaba la gente, como vivía? La Biblia misma nos entrega varias respuestas, pero otras las tendremos que buscar en enciclopedias o diccionarios bíblicos. Además, diversas biblias de estudio ofrecen información preliminar en la introducción de cada libro. No es necesario conocer todos los detalles, pero es valioso conocer los principales movimientos o tendencias que caracterizaron el ambiente en que el libro fue escrito.

Podríamos dar un ejemplo: Jesús usa muchas parábolas en donde la figura divina es retratada como agricultor (Mat. 13:1-32; 20:1-16; 21:28-46; Juan 15:1, entre otros). ¿Por qué? La economía y sociedad greco-romana era fundamentalmente agraria. Si bien la elite de la sociedad no trabajaba, su riqueza se encontraba en la tierra. Quienes –teniendo que trabajar– se dedicaban a la agricultura, eran considerados como los más dignos de la “clase obrera”.² Implícita en cada referencia al gran “agricultor”, está la idea de un Dios activo, que trabaja en nuestro favor. Es el más digno de los trabajadores, pues su trabajo es nuestra salvación, nuestro rescate, nuestro sustento diario. Jesús aludió a esta idea después de sanar al paralítico de Betesda, destacando que su trabajo, al igual que el de su Padre, era la restauración y la salvación del hombre (Juan 5:17-24; cf. 6:27-40).

Otro ejemplo es el libro de Daniel. Algunos críticos de la Biblia postulan que Daniel fue escrito en el siglo II a.C., y no en el siglo VI a.C., época en la que vivió Daniel. Si esto fuera verdad, todas las profecías no serían más que la historia de los imperios escrita en forma predictiva. Esto cambiaría completamente nuestra forma de comprender y aplicar este libro. No podríamos citar ninguno de sus pasajes para destacar la omnisciencia de Dios ni su poder sobre los reyes de la tierra o sobre el desarrollo de la historia humana.

b. Contexto literario: El contexto literario mayor es el libro en el que está el pasaje que estamos estudiando. Cada libro tiene algún tema que se destaca o que fija el eje para otros temas secundarios. Conviene leer el libro completo para obtener un panorama general de su contenido. Es bueno estar atento a palabras, frases o ideas que se repiten, ya que ahí está el énfasis del autor bíblico. Si el libro es muy extenso, podemos valernos de los bosquejos que algunas biblias de estudio o comentarios bíblicos elaboran de cada libro. Mientras más de ellos podamos analizar y comparar, mejor. Jamás debemos olvidarnos que el contexto que abarca toda la Biblia es el plan de salvación. Siempre podremos preguntarnos: ¿Qué me dice este libro, con sus relatos o discursos sobre la salvación y la experiencia cristiana?



El contexto literario inmediato tiene que ver con los detalles del pasaje en estudio. Un buen ejemplo es 1 Corintios 2:9. Normalmente se lee de manera aislada para referirnos al cielo y la tierra nueva. Sin embargo, se ignoran los versículos que lo anteceden, los que claramente apuntan a la cruz de Cristo (vers. 6-8). El misterio que nadie pudo conocer, ver u oír hasta que se

materializó en el ministerio de Jesús fue su muerte en la cruz. Jesús mismo, mientras desarrollaba su ministerio le dijo a sus discípulos que “muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Luc. 11:24). Pedro refuerza esta idea en su primera epístola (1 Ped. 1:10-12). El contexto inmediato, nunca estará en contradicción con los aspectos definidos en el contexto mayor.

En el próximo número, veremos los últimos cuatro pasos de esta fascinante jornada.

Referencias

¹ No debiéramos confundirnos con los libros adicionales que poseen. Son los denominados apócrifos, debido a lo fantasioso de su contenido y a que no son inspirados. Estas biblias las han incluido por motivos más bien históricos, catalogándolos como deuterocanónicos –segundo canon– ya que la Iglesia Católica los considera inspirados).

² E. W. Stegemann y W. Stegemann, *Historia social del cristianismo primitivo: los inicios en el judaísmo y las comunidades cristianas en el mundo mediterráneo* (Estella: Verbo Divino, 2001), p. 43.

PABLO MILLANAO es licenciado en Teología y redactor de la ACES.